

Segunda parte: el judaísmo contemporáneo

El Estado de Israel

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. El Estado de Israel. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 58-67. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

EL ESTADO DE ISRAEL

Para una generación que todavía tenía viva la memoria de los progroms de la Europa Oriental y del Holocausto, la creación del Estado significó una experiencia y una emoción irreproducible. Cuando pregunté a mi padre – hijo de rabino y que perdió toda su familia en el Holocausto – si todavía creía en la llegada del Mesías, me respondió que para él ya había llegado, en la forma del Estado de Israel.

El Estado de Israel devolvió la dignidad a una generación abatida, pero también a un pueblo que vivió dos mil años de vida insegura en la diáspora, sin posibilidades de autodefensa frente a la violencia exterior. El grito del levantamiento del gueto de Varsovia, “no iremos como corderos al matadero”, se personificó en la figura del soldado israelí.

El enfrentamiento de los ejércitos árabes en la lucha por la independencia en 1948-1949 resucitó la imagen de David enfrentando a Goliat y la de los Macabeos. La valoración del trabajo de la tierra recuperó el auto-respeto de un pueblo al cual la diáspora había retirado del contacto con la naturaleza. El Kibutz – uno de los pocos experimentos exitosos de comunismo con libertad –; un país democrático e igualitario que tenía un movimiento laborista que controlaba una parte importante de la economía; una agricultura sustentada en formas cooperativas o colectivas de trabajo; una vibrante vida científica; todo eso era fuente profunda de orgullo. La nueva cultura judía secular promovida en particular por los kibutzim, revalorizó en las fiestas judías su relación con las fases del trabajo agrícola y los símbolos religiosos dieron lugar a símbolos nacionales y seculares.

En estos sesenta años de existencia del Estado de Israel esta realidad cambió y muchas de estas imágenes perdieron fuerza. Con el desarrollo económico, la sociedad israelí fue adquiriendo un carácter más urbano y capitalista, corroyendo así el sentido agro-pastoril y trabajador que la cultura colonizadora procuró dar a las festividades y valores judaicos. Los kibutzim pasaron por una profunda crisis y si bien consiguieron sobrevivir adaptándose a las nuevas circunstancias, perdieron su peso simbólico y la sociedad israelí, a partir de los años setenta, pasó a ser cada vez más desigual. La democracia todavía se sustenta y en varios aspectos es

ejemplar, pero, sesenta años de guerra y más de cuarenta años de ocupación, envenenaron el alma y las instituciones, en particular en lo que se refiere al respeto de los derechos de la minoría árabe-israelí y, más aún, a la población de los territorios ocupados en la guerra de los seis días (1967).

¿Qué sucedió? Israel sufre una doble crisis, ambas convergentes y que se refuerzan mutuamente. Una crisis moral, producto de la ocupación de los territorios palestinos después de la guerra de 1967 y una crisis de identidad en relación al significado del judaísmo.

La relación de Israel con el mundo islámico, en particular con la población palestina y sus vecinos, nunca fue simple, desde el inicio de la colonización sionista. La llegada de los judíos era vista como una incursión europea en el mundo árabe. Para los judíos, se trataba de retornar a la tierra con la cual mantuvieron un vínculo durante dos mil años y donde siempre tuvieron una presencia, a no ser en los períodos en que fueron expulsados de ella. La sensibilidad de la mayoría de los líderes sionistas en relación a los sentimientos de la población árabe dejó siempre que desear, y, a su vez, los liderazgos palestinos y árabes siempre anunciaron la voluntad de expulsar la población judía y posteriormente destruir el Estado de Israel.

En tanto defendían el derecho a su existencia dentro de las fronteras generadas por la guerra de independencia, las acciones del ejército de Israel eran legítimas y apoyadas por buena parte de la opinión pública occidental. Pero, la conquista de Cisjordania, Gaza y el Golán en la Guerra de los Seis Días creó la ilusión, inicialmente de los gobiernos laboristas y posteriormente de derecha, de que sería posible mantener indefinidamente el control de esos territorios y colonizarlos gracias a la polarización del mundo en la época de la Guerra Fría.

La conquista y colonización llevaron a una situación de deterioro moral, de debilitamiento de la democracia, actos ilegales, desperdicio de enormes recursos económicos, distorsión de la capacidad estratégico-militar, pérdida de vidas, desvío del objetivo de construcción de un Estado mayoritariamente judío y abandono del apoyo de la opinión pública internacional.

Obsérvese que esta lista no incluye los enormes costos que la ocupación tuvo para el pueblo palestino. No es que ellos no deban ser contabilizados. Pero mi argumento es auto-centrado a propósito: la ocupación

y la colonización fueron nefastas para el Estado de Israel y produjo enormes dilemas morales para aquellos que se sienten comprometidos con su destino.

La ocupación es inmoral, deshumaniza y embrutece, pues ella sólo se sustenta en el esfuerzo permanente de opresión del ocupado. La ocupación atenta contra la democracia, transformando parte de la población en no-ciudadanos, sobre los cuales todo arbitrio es posible y fortalece grupos judíos-israelíes radicales que se consideran encima de la ley. La ocupación es ilegal, pues desconoce todas las decisiones de la comunidad internacional e hiere el principio de la autodeterminación de los pueblos, sobre el cual se construyó el orden internacional después la Segunda Guerra Mundial. La ocupación representa un desperdicio enorme de recursos económicos en la construcción de infraestructuras, vivienda y seguridad para los colonos, en tanto, en el Estado de Israel, parte de la población vive en la pobreza.

La ocupación transformó el ejército de Israel en policía represiva, desviándolo de su papel de defensa contra ataques de ejércitos enemigos, afectando su capacidad estratégico-militar y la moral de los combatientes. La ocupación coloca en jaque la construcción de un Estado con mayoría judía, pues, caso ella sea permanente, transformará la población judía en una minoría. La ocupación significó la pérdida inútil de innumerables vidas humanas, ya que ellas no fueron sacrificadas en defensa de la patria. La ocupación llevó a una enorme caída del apoyo de la opinión pública internacional ya que sus objetivos son indefendibles.

La ocupación y la colonización crearon un enorme dilema moral y político para los judíos humanistas, que apoyan el Estado de Israel y se identifican con su destino. Críticos de la política de ocupación, al mismo tiempo, no quieren hacerle el juego al enemigo, de aquellos que tienen posiciones claramente antisemitas y/o no aceptan el derecho a la existencia de un Estado de mayoría judía conviviendo lado a lado con un Estado palestino. Tachados por algunos líderes comunitarios como judíos movidos por auto-odio, en verdad todos los que luchan – en Israel y en la diáspora – contra la ocupación, sin ilusiones románticas sobre las dificultades a recorrer en el camino de la paz o sobre las intenciones de muchos líderes árabes, en lugar de sufrir del síndrome de auto-odio, contribuyen para la consolidación del Estado de Israel.

La crisis moral producida en Israel por la ocupación converge con y amplificó otra crisis, relacionada con el sentido de la identidad judía de

Israel. Sentido que estaba lleno de ambigüedad en los pioneros e ideólogos del sionismo. En sus orígenes, el sionismo fue un esfuerzo explícito, por parte de judíos seculares, de “normalizar” el pueblo judío, creando un hogar nacional que sería el único refugio seguro contra el antisemitismo. La diáspora era considerada una anomalía, fuente de sufrimientos que debería desaparecer por la concentración de los judíos en un estado nacional, en un proceso similar al de los otros pueblos europeos de la época. No sólo la diáspora era considerada un período oscuro de la historia judía, como su memoria debía ser borrada para que pudiese surgir un nuevo pueblo, sin los traumas del pasado. No es exagerado definir la visión sionista de los dos mil años de permanencia de la diáspora como siendo una “generación del desierto” (la generación que salió de Egipto y que necesitó perecer durante la peregrinación de cuarenta años por el desierto, para dar lugar a una generación que no cargaba la marca de la esclavitud).

El sionismo y los colonos de Israel procuraron crear una nueva cultura judaica sobre nuevas bases, seculares, que desconocían prácticamente los dos mil años de exilio – presentado como un período puramente negativo de persecuciones y humillaciones. El esfuerzo para crear un “nuevo hombre” fue colosal. El sionismo conscientemente combatió las lenguas diaspóricas y resucitó el hebreo como lengua cotidiana (enfrentando aquellos que preferían el Idish o el alemán). Desarrolló una versión de la historia judía, centrada en la tierra de Israel y en el período bíblico hasta el Segundo Templo. Valoró el trabajo físico, el “retorno a la naturaleza” y creó una cultura secular que enfatizaba las dimensiones del ciclo natural y agro-pastoril de las festividades religiosas.

La gran mayoría de los sionistas estaba alejada de la religión, que era vista como llevando a la resignación y a la pasividad en espera de la llegada de los tiempos mesiánicos. No es casual que haya sido elegido como letra del himno nacional (el *Hatikva*) un texto en que Dios no es mencionado, en competencia con otras propuestas de letras retiradas de los Salmos.

Como todo sueño realizado, el sionismo se mostró acertado en ciertas cosas y errado en otras. Como en toda ideología política, focalizó unilateralmente ciertos temas y reprimió otros. Esto, sin considerar que las condiciones históricas en que el sionismo surgió son muy diferentes de las actuales y debemos resguardarnos de lecturas anacrónicas.

El sionismo se equivocó profundamente en relación a la evaluación de la importancia de la diáspora para la sobrevivencia del judaísmo. La ideología que se instaló en el Estado de Israel, contrapone la capacidad de autodefensa de los israelíes a la situación indefensa en que los judíos se encuentran en la diáspora. Es una falsa oposición. Sin duda, la existencia del Estado de Israel fue y podrá ser fundamental para muchos judíos perseguidos y ayudó a fortalecer el sentimiento de dignidad y la disposición de autodefensa de los judíos en la diáspora. Pero, sea un estado pequeño, como el Estado de Israel o las comunidades en la diáspora, siempre deberán contar con apoyos externos. El propio Estado de Israel tiene en la diáspora un apoyo fundamental.

La propia condición diaspórica de los inmigrantes limitó el proyecto de “normalización” del judaísmo en Israel. La idea de crear una cultura israelí como una obra de ingeniería social que desconocía los orígenes culturales de cada ola de inmigrantes era irrealista. La sociedad israelí refleja el mosaico de culturas nacionales del judaísmo diaspórico. En realidad la cultura israelí estuvo marcada siempre por los orígenes locales de los migrantes. La primera ola de inmigrantes de Europa Oriental trajo de allá tanto el socialismo como la música. Posteriormente, cada grupo vino con sus tradiciones de origen, que hacen de Israel un archipiélago cultural. Inmediatamente después de la creación del Estado de Israel, vino la migración masiva de los países musulmanes, trayendo una religiosidad y valores religiosos tradicionalistas y hoy parte de ellos apoya un partido político, el Shas, que defiende los intereses corporativos de esta población dentro de una visión política religiosa conservadora. La reciente migración de más de un millón de judíos de la ex-Unión Soviética creó una comunidad que continua ligada a abandonar la cultura rusa, donde sus integrantes se organizan en partidos políticos propios, en general seculares de derecha. Y, de forma más difusa, cada grupo de inmigrantes mantiene organizaciones y sociabilidad propias, incluyendo los latinoamericanos. A su vez, centenas de millares de israelíes que dejaron el país recrearon una diáspora con características propias.

El conflicto con el mundo árabe y la necesidad de apoyo del judaísmo de la diáspora inviabilizaron la posibilidad del desarrollo de una cultura israelí “separatista”, diferenciada del judaísmo “galútico” (del exilio), a pesar de algunas iniciativas en este sentido. Seguramente, con la llegada de la paz, las tensiones y distancia entre la diáspora e Israel tenderán a aumentar. La sensibilidad y orientaciones psico-culturales

desarrolladas en la diáspora no son las mismas que en Israel y a veces los intereses pueden ser divergentes.

Sin duda, se trata de un estado joven, que todavía deberá pasar por muchas generaciones para destilar una nueva cultura nacional. Pero, los tiempos actuales, de globalización, difícilmente permitirán repetir los procesos que en los siglos XIX y XX llevaron a la constitución de culturas nacionales auto-centradas. El multiculturalismo será una característica de la cultura israelí. Esto sin mencionar el lugar importante que la cultura árabe-israelí deberá tener después del fin del conflicto.

El futuro del judaísmo en Israel depende de su capacidad de redefinir las relaciones entre religión y estado. El Estado de Israel entregó a los judíos ultraortodoxos el control de parte de la justicia civil (casamientos, divorcios y administración de los cementerios públicos) y el derecho de decidir quién es judío en los documentos de identidad (aunque no para emigrar a Israel, que fue definido por la Corte Suprema de Justicia, como incluyendo cualquier persona que posea abuelo de origen judío). De esta forma, los hijos de Theodor Hertzl, considerado el “padre de la patria”, podrían migrar a Israel como judíos, pero allá no serían definidos como tales, pues la esposa de Hertzl tenía una madre no judía.

El origen de esta situación se encuentra en decisiones de los primeros gobiernos de favorecer el judaísmo ultra-ortodoxo para mantener viva la tradición religiosa destruida por el Holocausto y en la dinámica política de un país gobernado por coaliciones partidarias de las cuales los partidos religiosos forman parte a cambio de privilegios. Pero la fuente original del problema posiblemente se encuentra en la cultura de los pioneros que crearon el Estado de Israel, oriundos mayoritariamente de Europa Oriental. Ellos reaccionaron contra la cultura talmúdica, rompiendo radicalmente con ella, al contrario del judaísmo alemán y de Estados Unidos, que reelaboraron y modernizaron la práctica de la religión judaica. Así, el sionismo no vehiculizó una visión moderna de la religión judía, simplemente pensó que ella pertenecía al pasado. Al mismo tiempo, la religión judaica era identificada con la ortodoxia, pues los movimientos reformista y conservador sólo recientemente comenzaron a tener una presencia relevante, aunque pequeña, en Israel.

Si bien existan en Israel importantes núcleos de judíos ortodoxos liberales, la mayoría de los ortodoxos busca imponer su visión sobre el

conjunto de la población y, en su mayoría, son parte del campo nacionalista, opuestos a la devolución de los territorios palestinos. En las últimas décadas, ellos han aumentado su peso relativo en la población israelí, y buena parte de ellos pasaron a girar en la órbita de un mutante, el judaísmo ortodoxo nacionalista-extremista.

Un grupo de judíos religiosos, ya en Europa de la primera mitad del siglo XX, se identificó con el sionismo, creando posteriormente un partido, Mizrahi, inicialmente aliado al partido laborista, pero que, en las últimas décadas, se orientó cada vez más hacia posiciones ultranacionalistas. La mayoría de los grupos ultraortodoxos se opuso al sionismo y a la creación del Estado de Israel. Después de la independencia, organizaron el partido *Agudat Israel* que pasó a hacer parte de coaliciones gubernamentales, a partir de las cuales presionan por privilegios para sus representados (entre ellos, no hacer servicio militar) y por la imposición de leyes religiosas al conjunto de la población.

Inicialmente justificada en nombre de la seguridad nacional, la ocupación cada vez más pasó a ser mezclada con “derechos bíblicos”. La propia ocupación hizo renacer en grupos ortodoxos una tendencia, adormecida por dos mil años, a la militancia política. Buena parte de los colonos y sus líderes están asociados a visiones religiosas ortodoxas y ultraortodoxas, que reivindican el derecho al territorio bíblico, transformando un conflicto de nacionalismos en un conflicto religioso. Nada más peligroso: intereses son negociables, creencias no.

Cuando la ortodoxia se asocia y manipula el poder político, las consecuencias son lamentables y dramáticas. Los colonos ortodoxos usan la violencia física contra la población palestina, organizan bandas que agreden a las personas que desobedecen en el espacio urbano israelí la visión que ellos tienen de descanso del sábado, cuestionan las decisiones de las autoridades legítimas del estado (con rabinos dictando órdenes autorizando soldados a desobedecer a sus superiores y haciendo ceremonias para maldecir – *Pulsa di Nura* – políticos a favor de la retirada de los territorios y que son verdaderos incentivos para que sean asesinados) colocando muchos judíos ultraortodoxos y ortodoxos en confrontación directa con la democracia y los valores humanistas.

El fundamentalismo religioso judaico adquirió dimensiones de proyecto político, representando un esfuerzo sistemático de sectores del rabinato

ortodoxo para recuperar la hegemonía en el judaísmo, perdida con la llegada de la modernidad. El Talmud, si fuera tomado el pie de la letra, es extremadamente autoritario y las puniciones son violentas. Si ellas nunca se concretaron es porque el judaísmo talmúdico nunca tuvo un estado atrás de él.

El fracaso del judaísmo secular de los pioneros y el crecimiento del poder religioso exponen hoy ante la sociedad israelí la necesidad de crear una nueva cultura judía secular. La noción de que era suficiente reunir los judíos en un lugar del cual naturalmente se destilaría una cultura judaica era una ilusión. Esta ilusión sustenta la pasividad de los israelíes seculares que pretenden que vivir en Israel asegura una vida judaica.

La cultura es un producto intencional que moviliza recursos, políticas públicas y exige del ciudadano que haga opciones. Aunque estén surgiendo importantes esfuerzos y experiencias innovadoras, todavía buena parte de los judíos seculares en Israel acepta, muchas veces de forma pasiva, las imposiciones de los ortodoxos y ultraortodoxos por una mezcla de comodidad, ignorancia e irresponsabilidad. En lugar de tener que responder preguntas como: ¿qué es una cultura judaica israelí?, ¿cuál es el papel de la religión?, ¿quién es judío y ¿qué es una educación judaica?, dejan que la ortodoxia defina los parámetros contra los cuales ellos se sublevarán. Pero esta sublevación es muchas veces un juego de hacer de cuenta, donde la energía se gasta en ser contra aquello que no se desea y no en construir una respuesta propia.

El Museo de la Diáspora, localizado en Tel Aviv, temprano o tarde, deberá ser reorganizado y, en lugar de mostrar un trayecto que lleva a todas las diásporas a desembocar en Israel, deberá mostrar un camino más diversificado y abierto, por el cual la diáspora (constituida hasta por muchos israelíes que deciden dejar el país) continúa siendo una constante en la historia judaica. Al final, no es difícil demostrar que un pueblo pequeño sólo puede sobrevivir a lo largo del tiempo disociando su destino de un espacio físico único.

Aunque identificada con el destino de Israel, buena parte de los judíos del mundo permaneció en la diáspora, en un contexto de ascensión social y participación en la cultura global. El sionismo todavía lucha para reconocer este hecho. La imagen de la diáspora continúa siendo

representada como negatividad, como el camino que lleva al abandono del judaísmo por la “asimilación”.

El Estado de Israel modificó drásticamente la textura del pueblo judío, pero no lo “normalizó”. Felizmente. Ni por esto es menos relevante. Dejó marcas profundas en la vida judaica contemporánea. Además de cambiar radicalmente la autoimagen de los judíos, creó una rica cultura artística y los centros académicos en Israel generaron una fructífera producción intelectual. El renacimiento del hebreo también representa una contribución importante. Aunque haya habido, durante décadas, una política sionista de suplantación del Idish por el hebreo, el Idish se esfumó en el Nuevo Mundo por causas naturales, y, en Europa Oriental, fue destruido por el Holocausto y por el stalinismo. El hebreo, sin llegar a tener en la diáspora un uso comparado al del idish o al ladino, se transformó en una fuente de identidad para los judíos de todo el mundo.

Pero, ciertamente las relaciones entre diáspora y el Estado de Israel se juegan en un nivel más profundo. Los idealizadores del Estado de Israel procuraron romper con los valores negativos que ellos asociaban a la diáspora: resignación, miedo, debilidad, sumisión. En el camino, olvidaron la principal lección de la historia judía, que las instituciones que se sustentan solamente en el poder militar son fugaces, que la fuerza de una cultura son sus valores. Si fuera solamente la contracara de la diáspora, la cultura israelí está predestinada a reproducir su lado traumático, sin los valores y el *savoir-faire* que aseguraron la sobrevivencia por dos mil años. Ella no será capaz de hacer la paz con los palestinos y colocará en peligro su existencia, amenazando las comunidades diaspóricas.

El futuro del judaísmo pasa por la síntesis entre valores israelíes y valores diaspóricos, entre el coraje de usar la fuerza cuando necesario y la sabiduría de que la fuerza nunca es la solución para los conflictos. El Estado de Israel ciertamente permanecerá como una referencia central del judaísmo. Pero no es la única, ni puede serla. La construcción de identidades judías en la diáspora exige un esfuerzo de afirmación de las formas locales de vivir el judaísmo. La tendencia de los gobiernos israelíes de instrumentalizar la diáspora y de los líderes comunitarios de autovalorizarse fundamentalmente por sus relaciones con el Estado de Israel perjudica al judaísmo y en nada ayudan a su renovación.

Una lección central que puede ser extraída de la experiencia del Estado de Israel es que muchas de las virtudes que eran consideradas inherentes a la sensibilidad judía (por ejemplo, la identificación con el oprimido) son producto de condiciones específicas, de la vida diaspórica. El poder político, aunque necesario, corrompe y, cuando asociado al fanatismo religioso o nacionalista, representa un enorme peligro. El judaísmo ortodoxo, en la medida en que se asocia a los proyectos políticos, ha mostrado las mismas deficiencias que cualquier integrista religioso: es intolerante y no duda en usar la violencia para imponer su voluntad sobre el conjunto de la población.